

RESEÑA:

PALABRAS QUE NARRAN LA PALABRA. VIDA CONSAGRADA EN CLAVE DE MISIÓN

*Carlos del Valle. Verbo Divino.
Estella (Navarra) España. 2022.*

Que yo haga una reseña o comentario de un libro de Carlos del Valle, Misionero del Verbo divino, es una concesión a la subjetividad. No voy a ser objetivo, os lo aseguro. Carlos del Valle es para mí un referente de la misión encarnada y soy su admirador, en cuanto escritor y testigo. No solo me gusta lo que escribe sino cómo escribe. No es la primera vez que hago una reseña de uno de sus libros y este vuelve a confirmar mis expectativas. En el fondo y en la forma. No habla un teórico, habla un testigo y en estos tiempos de “performances” es a los únicos a los que se les puede prestar atención. Perdemos mucho tiempo desgranando palabras estériles.

Desde las primeras páginas del libro, Carlos del Valle ya nos habla desde la experiencia. Porque *experiencia no es lo que nos sucede sino lo que aprendemos de lo que nos sucede* (Pág. 9).

El autor habla desde la experiencia de la misión, no colocado detrás de los cristales contemplando la realidad que pasa. Eso se lo

deja a los escritores de laboratorio. Y eso me satisface mucho como lector y como consagrado. También como escritor que soy con más de treinta libros en mi haber, puedo entender y disfrutar con Carlos de sus reflexiones, porque yo querría que fueran las mías. ¡Y lo son!

En cinco grandes capítulos y una conclusión, en un libro que tiene 276 páginas, el autor va desgranando en frases muy cortas, a modo de sentencias llenas de profundidad, cuanto se refiere a la misión de la Vida Consagrada y lo que ella acarrea: espiritualidad, gusto por la vida, ser para los demás en orden a transformar el mundo según el deseo de Dios. Porque si algo merece la pena, al final de todo, es la vida misma, más allá de la misión. *“Escribir un libro es un acto que comienza en la imaginación y termina en el recuerdo”* Y esto es este libro: un camino por la vida. Al autor le duele el ritmo de su congregación y de la iglesia. *Consagrados por y para la misión.* Afronta la crisis de la vida religiosa como una oportunidad para que pueda surgir algo nuevo. La crisis no es de tipo moral sino espiritual. Se trata de una cuestión de fe y experiencia de Dios y no de formas. Y nos descubre cuál es la misión de la vida consagrada: ser misión y la misión es ser vida consagrada. Solo el evangelio encarnado nos empuja a la misión porque la misión no es teoría aprendida sino vida vivida. La misión es entender la propia vida como donación. La vida consagrada destaca mucho hoy que es consagrada y menos que es vida. La misión es, sobre

todo, vida, y la actitud de buscar preguntas más que respuestas. Nos pide a los consagrados que si no podemos sumar fuerzas, al menos no restemos, porque un consagrado que no es tierno es un avinagrado. Conviene alejarse de los pesimistas que siempre ponen problemas a las soluciones. Todo esto me parece una radiografía muy fiel, en tercera dimensión, diría yo, de lo que debe ser la vida consagrada actual. Somos enviados a llevar esperanza a un mundo desencantado y solo podremos hacerlo como testigos. Estamos tentados de vivir una pastoral de conservación en vez de misionera. Nuestros líderes si no tienen visión se convierten en autores principales que rompen la creatividad. La vida consagrada es como un embarazo que cultiva la paciencia. Tenemos la ineludible tarea de encontrar en nosotros mismos la alegría o seremos incapaces de transmitirla. Esa alegría está en el camino de las Bienaventuranzas. No estamos llamados a llevar adelante una misión sino a ser misión. *Llamados a ser palabras que narran la Palabra.*

Toda fidelidad es creativa o no es fidelidad. Carlos nos habla de su experiencia en las comunidades latinoamericanas, que han fraguado su vida y su misión, que no sabían muy bien lo que querían, pero ahora saben muy bien lo que no quieren y esto es ya una enorme adquisición. Caminamos hacia una fidelidad creativa.

No hay misión auténtica sin espiritualidad encarnada y nuestra comunión está en función de la misión. Nuestro ser es misión y

nuestra misión es ser. Pasó el tiempo de los misioneros héroes y está llegando el tiempo de los testigos apasionados, sabiendo que Dios es patrimonio de todos y no solo de los buenos.

Un libro que llega a cuestionar -a mí me ha cuestionado- el estilo de la misión que llevamos a cabo. Cuanto más cercanos somos, más autoridad tenemos. Porque en la misión no asusta tanto la debilidad cuanto la mediocridad. El misionero ama la realidad presente que es imperfecta porque no hay otra. Eso es leer la vida con ojos creyentes.

Carlos del Valle alerta de muchos peligros que nos acechan como el de ser más ideólogos que testigos, o comunicar al Señor de los espiritualistas en lugar de al Señor de la vida.

Termina con una invitación expresa a vivir; a vivir la misión con alegría y haciendo que iglesia, misión y vida sean sinónimos, desde la conversión permanente que ha de acompañar nuestros pasos.

Creo que este libro debe formar parte ya de nuestras bibliotecas comunitarias y, por supuesto, de la formación permanente, no solo para misioneros sino para todos los consagrados que somos, por eso mismo, convocados a la misión. Aire fresco, siempre conveniente para estos tiempos de alta contaminación por exceso de la superficialidad que vivimos.

(Alejandro Fernández Barraojón,
mercedario)